PRIMERA EDICIÓN

UN GRAN PERDEDOR DE SABANALARGA

¿VALE LA PENA RENDIRSE?

Persephone Baccata

Un gran perdedor de Sabanalarga

Persephone Baccata

Copyright © 2026

Colombia
Todos los derechos reservados.

A los que se resisten a un “no” como respuesta

A todos los habitantes, oriundos y amantes de Sabanalarga (Atlántico, Colombia)

Introducción

En Sabanalarga, Atlántico, donde el sol raja la tierra y el Carnaval disfraza la derrota de fiesta, nace Sísifo de Aquiles Coronado, un pelao cojo, pobre y "rarito" cuya única obsesión es llegar a ser futbolista profesional. Desde niño vive pegado a su balón Wilson y a su pierna maldita, la Fregá, mientras la escuela, la iglesia, los entrenadores y hasta el médico se encargan de recordarle que no es "apto" para el deporte ni para casi nada.

A lo largo de los años, Sísifo entrena en potreros encharcados, cuida toros que ni lo miran, narra partidos para un televisor viejo y persigue sin descanso las puertas que siempre se le cierran: la liga municipal, la selección del pueblo, el Junior, las emisoras deportivas y hasta un técnico famoso que solo lo usa para una selfie. Su terquedad contrasta con el ascenso de Nilson Navarro, la joya de Sabanalarga, que se vuelve ídolo regional mientras carga en silencio la culpa de no haber ayudado al "Patiseco" que lo inspiró.

Cuando al fin logra meter un gol perfecto en un potrero bajo la lluvia, Sísifo paga el precio máximo: su pierna se quiebra, el barro lo traga y la vida le pita la tarjeta roja definitiva, convirtiéndolo en leyenda anónima del barrio. Años después, Navarro intenta saldar la deuda levantando la "Escuelita de Fútbol Wilson" para cojos, troncos e inútiles, y pinta en la pared la sonrisa del viejo balón que siempre acompañó al gran perdedor de Sabanalarga. "Un gran perdedor de Sabanalarga" es una novela sobre el Caribe profundo, la discapacidad, la corrupción y la fe obstinada de un hombre que nunca ganó nada, salvo el derecho a seguir intentándolo cuando todos ya lo daban por acabado.

Índice

Capítulo 1. Nació una bola 7
Capítulo 2. El fracasado y el balón 8
Capítulo 3. Hay que botar a ese Wilson como sea 9
Capítulo 4. Primera prueba, primer portazo en la cara 11
Capítulo 5. La derrota como costumbre 14
Capítulo 6. A punta de Carnaval, fe y aguante 18
Capítulo 7. De nuevo con el Berdugo 20
Capítulo 8. Crónica de derrotas anunciadas 23
Capítulo 9. La gran prueba para ser Tiburón 26
Capítulo 10. En memoria del perdedor obstinado 31

Capítulo 1. Nació una bola

¿Qué decir de los padres? No son la gran cosa. Son familiares del común. Los vecinos dicen que se unieron por que sí. Una vez estaba doña Prudencia en el mercado y llegó don Aquiles, la vio y le propuso matrimonio. Ella dijo que bueno. Y en el primer intento nació un niño fuerte y sano. Sin embargo, murió a los seis meses de gastroenteritis. En el segundo intento, tuvieron una hembra y ella fue feliz. Serena tuvo una infancia brillante. Sin embargo, una moto le quitó la vida. Y como dicen por ahí "la tercera es la vencida" … y no hubo nada. Al cuarto, nada… Al quinto, seguía el vacío la casa con dos adultos. Don Aquiles estaba harto, de tanta insistidera. Ya iba a desistir del mandato de Dios.

Un día, en medio de una borrachera se acostó con su mujer. Ella también ya perdió las esperanzas. Pero cuando menos pensó, a los 4 meses apareció algo redondo. Creció y creció hasta que salió Sísifo. Prudencia lo puso así porque su barriga parecía un balón y algo le decía que la vocación de este muchacho era eso. Aquiles dijo que debía tener la herencia de su papá y le dio el "de Aquiles". Y así, Sísifo de Aquiles fue bautizado en la Iglesia de San Antonio de Padua al mes de su llegada al mundo. Y no hay nada más que decir del nacimiento de Sísifo…

Capítulo 2. El fracasado y el balón

Aparentemente era un niño normal. Hablaba, leía blablablá, caminaba como cualquier pelao curioso. Gateaba, comía cosas del piso y miraba a los adultos como si fueran salidos de una película de terror. Prudencia le ponía cuidado, porque Sísifo hacía daños y muy graves. La puerta de la casa estaba llena de arañazos y rayones hechos con piedras que encontraba por ahí en la calle. Tenía tantos deterioros, que se podía ver El Guájaro a través de ella. La puerta parecía más una ventana que otra cosa. Pobre puerta, daba mucha lástima.

La mamá estaba harta de tanto daño, ¡harta!: *"¡Sísifo de Aquiles! ¡Ponte a hacer algo, no me dañes la puerta!¡Está bien mala, nosotros bien jodidos de dinero y no tenemos cómo cambiarla!* La mamá del desespero, de la ira contenida, encontró un balón viejo y desgastado que estaba ahí sin hacer nada. Lo echó a rodar. Rodó y rodó hasta llegar a los pies de Sísifo. El pelao se asustó. Por accidente la pateó y quebró una ventana de la casa. Prudencia, bien prudente gritó: "*¡Sísifo! ¡Andáte pa' fuera! ¡Estás muy necio! ¡Salíte ya porque no tengo paciencia!* Sísifo salió huyendo del volcán, a ver a dónde voló el pájaro redondo. Llegó al lodo, al fango donde todo se hunde. Sísifo no entendía que pasaba con él, pero desde que tocó ese objeto volador, su vida no volvió a hacer la misma.

Don Aquiles vino de pescar, no cogió ni un camarón, más cansado que burro alquilao. La marea estaba muy baja, tan baja que los pescaos parecían parqueados en la orilla. Sísifo vino corriendo a saludar a papá, pero su pie, por una extraña razón no le respondía. Se quedó tieso como un palo. El pie quedó con una maldición. ¿Habrá sido el efecto de Aquiles? Su papá tuvo que sacarlo del barro rápido. Revisó a ver si fue de pronto envenenado por algún animal y la pierna no tenía secuelas. La pierna tampoco mostraba fracturas o que estuviera chueca. La vaina le pareció rara, pero lo dejó quieto. Desde ahí Sísifo se volvió cojo. No andaba como un pelao normal. Prudencia gritó sollozando y con gran drama: *"¡Dios, Dios, apiádate de mí, ¡no más!"* Aquiles la regañó: *"¡No joda mija! El pelao solo se tropezó. ¡Tampoco es pa' tanto!"* Y Prudencia, con mucho recogimiento y silencio, salió por las calles a gritar la tragedia de su hijo pequeño.

Capítulo 3. Hay que botar a ese Wilson como sea

Sísifo ya rondaba los 5 años. Estaba obsesionado con su balón maldito, ese viejo que lo hizo tropezar allá cuando era un párvulo. Ese balón negro necesitaba tener vida. Estaba como muerto ya, de lo desbaratado que estaba. Con su manita le hizo una carita feliz con marcador rojo y le dibujó el pelo con un poco de barro sacado del Guájaro. Era su "oso de peluche". Pa' arriba y pa' abajo con él. Se volvieron inseparables desde ese entonces. Las niñas de La Peña cargaban muñecas, los niños llevaban carritos, perritos y ositos. Pero Sísifo llevaba a su balón, a su Wilson. Los niños lo miraban raro: "*Niño, ese... ¿esa vaina tan vieja qué es? ¡Huele horrible!"* Sísifo decía: *"Te presento a Wilson, mi amigo. Wilson no camina, rueda. Yo lo hice"* Su papá trató y trató de quitarle esa ... cosa, pero Sísifo no se dejaba ¡Era desesperante! El olor y la inquietud de ese tonto balón.

Una vez don Aquiles, mientras Sísifo dormía, trató de botárselo, ese balón olía a pescao de ayer. Prudencia, apoyando a su marido en el silencio, dijo en voz alta: *"¡Aquiles! ¡El niño está dormido, hagamos Silencioooooo!"* Aquiles se cayó del susto y susurró con enojo: "*Prudencia, joda, cállate, tenemos que robarle ese ... balón a ese pelao"*. Prudencia caminó rechinando fuertemente la madera vieja de la casa, porque su pisada era demasiado suave, que pisada de vaca. Sísifo ahí mismo se dio cuenta y ... mordió la mano de su papá. Su papá lo castigó, pero Wilson ganó la batalla, lo atacó en la cara, como todo un buen balonazo.

Sísifo, pese a su tierna edad, ya empezaba a tomarse más en serio el fútbol. Aunque era bien pobre, buscó la manera de hacer su uniforme. A ese tipo nadie lo para, nadie. Los guayos se los encontró en la basura. La camisa se la robó de un patio de la vecina y las pantalonetas él mismo las hizo. Cortó un pantalón de su papá pescador ¡Ya era todo un futbolista profesional! Ah y por supuesto, ¡cómo no olvidar a su fiel compañero: Wilson!

La patica tenía días que colaboraba y otros en que era resabiada. Unas veces le decía hoy sí, otra mañana no. Unos días le funcionaba y otros días se volvía un palo, más rígida que palo de escoba nuevo. Quedó bautizada como La Fregá. Además, Sísifo no lavaba bien los guayos. Siempre

estaban llenos de barro y mugre. Ahí, como mi Dios le ayudó, los limpió con un cepillo viejo de dientes y se los puso. Prudencia lo vio y no dijo nada, dejó que él aprendiera que... el fútbol no era lo suyo. Es que el pelao se caía y caía a cada rato. Wilson era el único testigo de eso. Para qué castigarlo, decía Prudencia. La Fregá hacía todo el trabajo por ella. Prudencia si, le daba la comida, lo cuidaba, pero nunca lo castigaba. La Fregá era bien fregada.

Capítulo 4. Primera prueba, primer portazo en la cara

Era hora de que “Patiseco” fuera a la escuela. Sísifo iba con sus pantalonetas, sus piernas delgadas, su Wilson, y sus ganas de aprender mucho, mucho eh…fútbol nada más. Lo demás era pura basura. Prudencia le puso sus tenis, esta vez sí nuevecitos, y le empacó su arepa de huevo para la escuela, con su limonada de panela bien fresca. Sísifo, bien astuto que era, metió los guayos al escondido porque si no, su papá los metería de nuevo a la basura. Prudencia estaba a la cacería de Wilson. Ella no lo podía ver ¡No lo podía ver! Aun así, Sísifo se salió con las suyas. Siempre gana Wilson, él siempre está ahí… La vida y la interacción de este personaje con los demás niños era normal, tartamudeaba a veces. Desde que no tocaran a Wilson, ni a sus guayos, ni hablaran de fútbol, todo en paz.

Pasaron los días. En la escuela abrieron convocatorias para entrar a los primeros pelaos al equipo de fútbol infantil, las primeras semillas. Sísifo ya sabía para dónde iba. Desde los 4 años sabía cuál era su salsa. Sin miedo, pena ni gloria, fue donde el entrenador, acompañado de Wilson y le dijo: *“profe, yo vengo pal partido, a mostrar lo mejor de mí, tengo una super patada, pregúntele a mi mami”*. El entrenador era muy exigente. Era lo mejor de lo mejor. Tenía fama de volver figura hasta al más tronco del equipo. El tipo era un muy prestigioso. Nadie entendía por qué alguien de tan semejante experiencia, estaba en una escuelita rural. Quizás la vida está muy dura…

Volviendo en materia, el profesor de fútbol miró a Sísfo de arriba y abajo y le dijo *“ok niño, siéntate allá”*. Sísifo notó algo raro en él y con tono triste le dijo: *“pero ahí es para ver fútbol, yo vengo a jugar”* El entrenador respiró profundamente, practicó el estoicismo mental que aprendió en clases de YouTube y le dijo: “*mira pequeño, ese es tu lugar. Quédate allí, espera y mira a ver qué pasa. Sea buen niño y obedezca”*. Sísifo le dijo: *“profe, me gusta jugar, en serio. Mire, le presento a Wilson. Él me dijo que jugara. Créale. Él me ha visto jugar*”. El entrenador le pareció ridículo este pelao, perdió la paciencia y lo envió a las gradas del público a las malas. Empezó el partido de niños sin Patiseco. Todos gritaban alegremente. Sísifo se

quedó mirando y mirando a todos correr, tratando de entender qué le faltaba para correr, qué le faltaba pa' llegar a ser Tiburón. El entrenador no podía permitirse aceptar niños con piernas disfuncionales. Tan solo imagínense usted a La Fregá en escena. Un día cualquiera patea a un niño del equipo contrario y en vez de llegar la pelota al arco, llegaba a la cara. U otro día gana el partido y ¿cómo queda el entrenador con un niño "rarito"? ¡Qué va a decir la FIFA! No, no. Definitivamente ese pelao no entra aquí. Mucho riesgo para la institución y, sobre todo, su hoja de vida. El entrenador cuidaba muchísimo su imagen y su reputación impecable. Eso es lo más importante, siempre.

"*Mira Wilson. Esos pelaos no nos van a humillar. El profesor tiene que saber quiénes somos nosotros. Nos vamos a esforzar. El profesor está muy mal. La Fregá nos tiene que apoyar. Soy un niño talentoso" Sísifo* así, impulsado por la llama de su autoestima dejó a Wilson observándolo y haciéndole barra desde las gradas, corría y corría tras el balón. Ese balón nuevecito que rodaba libremente por el césped. El balón huía de Sísifo y Sísifo iba tras él. Sonó duro el pito del entrenador "*¡Sísifo carajo! ¡qué haces! ¡qué haces! ¡Nos dañaste el entrenamiento! ¡Te dije que te quedaras en las gradas, allá es donde perteneces! ¡No fuiste un niño bueno y te voy a castigar!"* Sísifo puso cara de perrito con hambre: *"profe, profe. No era… no quería dañarle nada. Yo amo este deporte con todo mi corazoncito. No me castigue, porfa"* El profesor odia ese tipo de gestos. Sísifo no entendía que hay equipos, que hay reglas. Solo corrió como un cazador. Pero por culpa de este niño, el torneo y el duro entrenamiento de días. Wilson lo miraba desde la cancha, apoyándolo en silencio con su sonrisa eterna. Sisifo ahí ya no era solo el "Patiseco", sino el "aguafiestas". No dejó que ganara ningún equipo ni que perdiera ninguno. El profesor no podía arruinar su prestigio. Llamó rápido a don Aquiles y a doña Prudencia, les dijo: "*por favor, señores, háganle entender por favor a su… hijo que no es apto para este deporte ¡Que no nos arruine todo! ¡Por favor! De verdad, él no puede jugar. Tiene prohibido volver por su propio bien"*

Aquiles conocía muy bien a su talón. Era más terco que burro amarrao a palo de agua. Ese pelao tiene una obsesión magnética por el balón. Le dijo al profesor: *"sí se que a mi hijo le falta. Sé que no es normal, que se comporta raro, muy raro. Mi esposa ni sabe qué hacer con él. Yo solo quiero lo mejor pa' él ¿Me entiende? Él será loquito, excéntrico, pero ese*

pelao tiene una perseverancia inquebrantable, mucho compromiso con esto del deporte. Yo sé qué si usted lo orienta bien, el peleao no le queda mal" La esposa, bien sensata dijo: "*Aquiles, es que por esa Fregá mijo. El profesor tiene razón. Lo tiene que echar. Va a joder a los demás pelaos"* Aquiles la miró con rabia: *"mija, pero es nuestro pelao. No todo tienen que ser los demás, el pelao tiene vocación pa' esto. Somos pobres, lo sé, pero a ver si Sísifo sale adelante"* Prudencia grita desesperada: *"Ajá, por culpa tuya soy el hazme reír de toda La Peña. Me ven como la vieja que trae al mundo niños mal armados. Sísifo me hace quedar mal. No puedo salir a charlar a la casa con mis amigas, porque se tensionan de que el Wilson no salga disparado cobrando vidas ¿De dónde carajos vamos a sacar plata pa' pagarles?*" Aquiles insistió: *"mija por eso mismo digo, nosotros no, pero el entrenador pone regio al pelao, lo dirige bien pa' ser un hombre bueno"* El profesor interrumpió luego el diálogo entre ellos: *"señores, discúlpenme la interrupción, pero ese niño no puede volver por aquí. Por favor en otro lugar. Aquí no. No hay segundas oportunidades"*

Capítulo 5. La derrota como costumbre

Como La Fregá no dejaba, Sísifo a duras penas iba a la escuela. Pero en ninguna escuela de barrio, ni siquiera las gratuitas y voluntarias lo recibían. Era más de malas que pobre estrenando sombrilla china en un vendaval, la compró a cuotas y se la llevó el viento. Así era la vida de él. A penas le llegaba la oportunidad, le salía corriendo. ¿Qué le quedaba? Wilson y el televisor. El pelao mantenía pegado a esa vaina. El abanico tenía que estar encima, porque si no se derretía por las grandes temperaturas. Pasaban horas y horas gritando ¡Gooool! Narraba perfectamente el partido con una excelente dicción. Prudencia estaba medio contenta. Ni Wilson ni La Fregá molestan. Pero los gritos del niño eran insoportables. Aquiles ya estaba harto porque no podía escuchar las noticias.

A veces pasaba tan absorto en ese aparato, que se le olvidaba salir a la escuela. Aquiles tenía que sacarlo arrastrado o como fuera. El enojo del muchacho era tal, que parecía toro de corralejas. Era el banderillero y el toro por la batalla campal por el televisor. Comenzaban las corralejas de los Coronado, pa' ver quién quedaba coronado en el sofá. Aquiles con su destreza de pescador y con las redes se preparaba con paciencia, con la misma en la que permanecía en la piragua. Caminaba lentamente hacia Sísifo. Esperaba a que él se parara para ir a comer o al baño y antes de que el toro prestara atención, apagaba el aparato. Sísifo al escuchar silencio salía a embestir al banderillero. Prudencia apoyaba a su marido*: "¡Ay hombeee! No se deje Aquiles, no se deje. ¡oleé! Cuidao con el todo"* Sísifo se preparaba para el ataque de su padre, lo evadió y conectó el televisor nuevamente. El televisor apoya al toro y grita: *"¡Goooooooooooooooool de Santos Señoras y señores!"* Prudencia con más ganas: *"mijo, no se lo deje meter, mándelo pa' la escuela. ¡Dele, dele!* Aquiles: "*mija no te quedés ahí parada, ayúdame oye"* Vino el apoyo del banderillero. Lo vistieron y lo sacaron de la casa. Toro 0, banderilleros 1. Sísifo iracundo, salió con Wilson: "esto no se queda así. Habrá revancha amiguito, habrá revancha" Así eran todos los días de la infancia del pelao.

A veces el banderillero tenía que dejar pastando al toro frente al televisor. Comer tranquilo, porque ese pelao era muy inquieto. Tenía que darse por vencido. Así podía leer la prensa, descansar de una ardua pesca

y combatir el calor. Prudencia así, no era tan alborotada, se tomaba su siestecita de belleza. Ella soñaba con tener más pelaos. Tener una niña, como la que está en el Cielo, para peinarla, vestirla y enseñarla a ser una buena damita. Ella hablaba mientras dormía: "*Clarita mija, péinese como una reina bien linda pal carnaval. Usted va a ganar. La abuela ya cuadró con doña Martina pa' que le coja ruedo a la falda. Mañana nos vemos en la Guacherna…"* Pobre, pero ella ya no tenía combustible pa' eso. Solo le costaba soñar, porque eso no consume nada. Aquiles la escuchaba: "*mija, mija, despierte. Ya es de noche. Eso no existe"* Prudencia haciendo fuerza con los ojos y sollozando en silencio: "¡*Aquiles, déjeme vivir feliz, no joda! Usted no me va a dar más pelaos. Nos quedamos con… bueno, la bola"* Aquiles: *"mija, pero no diga esas cosas, ese pelao es tuyo y mío, nos lo mandó Dios. No seas así tan dura. Es tu sangre."* Mientras tanto, en la sala, Wilson le dio fuerzas a Sísifo, luego de oír estas palabras. Sostuvo sus lágrimas. Su sonrisa eterna le dio esperanzas. Aquiles tampoco podía traer más personitas al mundo, ya no tenía energía vital suficiente.

La falta de energía no era solamente en la casa de los Coronado. La empresa prestadora de servicios tuvo un apagón. Esto era bastante frecuente. Sin abanico que dignifique la estancia en la casa, sin televisor que calme las energías y las disipe, quedaba solo el caos y el aburrimiento. La Fregá tenía que marcar goles y Wilson tenía que llegar como blanco. Pateaba de un lado para otro, quebrando cosas y haciendo daños. Salía ahí al lado del embalse a jugar. Veía hermosos paisajes con Wilson. Los niños a veces pasaban de largo, no lo miraban porque era el "aguafiestas" del fútbol. Ya el profesor de la escuela había dicho: "*ustedes no pueden ser como el pobre Sísifo, ustedes nacieron para ser águilas, para volar alto a las grandes ligas, ser futbolistas de élite"* No era bueno para los de allá que lo vieran con La Fregá, porque ella era tóxica. Aquiles no tenía suficiente motricidad para responder al ritmo de Wilson. Prudencia les tenía miedo a esas malas amistades del hijo, no las aprobaba.

En general el pelao si era raro. Su padre no sabía que hacer y su madre… tampoco. Su madre realmente no tenia capacidad para conducirlo. Tenía más disciplina La Fregá. Aquiles sabía que era su talón. En general Sísifo era muy inteligente. No se le podía decir si tengo dos manzanas y Pepito se comió una, ¿cuántas me quedan? No, así no era su mente. Su mente era 100% futbolera. A él había que decirle: ¿cuántos puntos le faltan al equipo

Millonarios para derrotar al Junior? Ahí sí, era bien pilo. Todo esto puede dar a entender, que probablemente él tuviera síndrome de Asperger, pero nunca los sabremos. Doña Prudencia dice que no es bueno que sepan que a su niño le falta algo... Imagínense. Ya todos saben que él es rarito, pero ¿loco? ¿con una tuerca del cerebro zafada? Eso sería darle una cruz más pesada de la que ya tiene. Ya no tendría con quién chismosear las vicisitudes del barrio. Su mamá siempre lo dio por caso perdido.

Su papá bregaba a meterlo a clases de deporte de fútbol, baile, panadería, pintura... Cualquier programa gratuito que dieran en la Iglesia o las instituciones del gobierno. Nada. Ese pelao se quedaba obstinado. Si no era fútbol no entregaba su alma, ni su mirada, nada. Él no era de ver, él era de jugar. Le preguntaba al párroco, a ver si de pronto algún entrenador por ahí, amigo o incluso él mismo, le podían enseñar al pobre "Patiseco". Aquiles solo sabía pescar y navegar en su barquita. Le dijo: "*Padre, yo veo que usted juega muy bueno con los demás niños. Yo quiero que sea un hombre de bien. Que crezca bien"* El sacerdote lo recibió con gusto. Los niños lo saludaron. Sísifo llevó a Wilson con su olor particular. Aquiles rogaba para que no hiciera travesuras, para que La Fregá se manejara bien. El sacerdote dio las indicaciones para saber quién era el arquero, quién el delantero, quién el árbitro y quiénes los mediocampistas. Sísifo quedó como extremo. Sísifo, antes de empezar el juego, dejó a Wilson con Aquiles en la banca. Se sentía feliz porque estaba en el campo, al fin, con humanos reales. No con árboles ni palos que encontraba por ahí en el sitio.

El balón voló de un lado a otro, hasta que llegó a manos de La Fregá. Ella hizo cumplir el mandato: "ser el talón de Aquiles". Sísifo trató de dominarla, pero ella cumplió su propia voluntad. El proyectil dañó el vitral y dejó al pobre San José decapitado. El balón profanó el templo de Dios. El sacerdote no supo que decir. No fue severo, pero vio que Sísifo no era apto para el fútbol. *"Mire don Aquiles, seré muy honesto. Sísifo es muy enérgico, pero tiene un problema delicado. Ya hubo una víctima. Los niños se agacharon del miedo. No es seguro para él, ni para su bienestar. Es mejor que él se dedique a otra cosa. Es mejor que acompañe a Wilson. Trate de llevarlo al médico a ver si de pronto le miran la pierna"* Aquiles estaba desconcertado porque Dios no escuchó sus ruegos, y apenado con el representante de Dios: "*Ay Padre Román, no cuento con muchos recursos*

para pagarle los daños. Tome, le doy mi red de pesca. Es lo único que tengo" El padre tranquilizó a Aquiles, que no se preocupara por eso. Él entendía las grandes necesidades de la familia Coronado. Sisifo escuchó, se quedó persiguiendo el balón. Lo sacó de la iglesia con sus piernas. Ahí si Fregá cooperó. Corría raro, para anestesiarse.

Aquiles trató entonces con lo que mejor sabía hacer: pescar. Lo llevó por todo el embalse a la madrugada. Prudencia con tal de que la dejara dormir y soñar con su vida ideal, lo arregló y lo sacó arrastrado, porque quería quedarse viendo la repetición. Sísifo malhumorado, no pudo llevar a su fiel compañero. Su padre con paciencia le enseñó a tejer la red, a capturar los peces. Sísifo se tiró al agua y, aplicando la lógica del balón, persiguió y persiguió a un pez. Pero La Fregá se puso tiesa, es como los gatos, no le gusta el agua fría. Sísifo se hundió como las piedras y su papá tuvo que rescatarlo de las profundidades. Lo llevó a su casa, lo secó y esperó a que te despertara. Prudencia viendo que el pelao estaba durmiendo, gritó: *"Viste, viste. La Fregá otra vez. Aquiles... ¡Esa tiene una maldición! Seguro me la echó esa bruja de Jacinta"* Aquiles enojado*: "No joda, ¡Qué hiciste ya Prudencia! Dejá dormir al muchacho"* Prudencia indignada dijo: "*¡y cuando él no deja dormir, ¡qué!"* Aquiles se quedó callado, viendo con encarrilar a su hijo y... a su colaboradora esposa.

Capítulo 6. A punta de Carnaval, fe y aguante

Sísifo, Aquiles y Prudencia, como buenos sabanargueros de tradición no se perdían las Semanas Santas de cada año. Dicen que Dios hace milagros. La Virgen María intercedía por los pecadores. Sísifo veía a ese Cristo derrotado, abatido por la sociedad que no lo aceptaba y cómo su Padre, a diferencia de sus padres, lo exaltaba, lo hacía su Rey, lo hacía su hijo Amado. Era más que obvio don Aquiles Coronado y doña Prudencia Rueda ya perdieron las esperanzas y la fe. Quedaba realmente muy poquita. Sísifo, a diferencia de sus papás, tenía una fe más fuerte que problema de novela mexicana. Era férrea e insistente como él. Prendió una vela, ya con sus 13 años: *"Dios, yo estoy con La Fregá y Wilson. Para mis papás siempre he sido una cruz. Necesito que me des una gran oportunidad, una luz para ser futbolista. Que el profesor, el mejor de Sabanalarga me entrene para ser un verdadero Tiburón"*

Aquiles Coronado solo quería curar la pierna chueca de su hijo. Que simplemente fuera una pierna como la otra, que no tuviera "alma propia". Prudencia por su parte, pidió por una vida recta, tranquila con sus amigas, que por fin Sísifo tuviera buenas amistades. Aquiles quería que su hijo viviera de algo, así fuera reciclando porque no le veía más futuro. No esperaba con buenos ojos la descendencia de Sísifo. Los Coronado no querían tener mala suerte ¡Que Dios se apiade de este muchacho!

El Carnaval educativo, por otro lado, se adaptaba mejor a los dos amigos inseparables. Wilson podía salir y ser el mismo. Sísifo lo llevaba pateando y rodeando. La Fregá podía hacer catarsis de su voluntad. Wilson veía las danzas con él. Le proponían mucho que se disfrazara de personajes divertidos para poder tener una festividad mucho más interesante. Pero Sísifo no bailaba, solo pateaba en campo abierto. Pero Sísifo tenía buena pinta pa' estos escenarios. Aquiles le insistía mucho. Sin embargo, Sisifo era más terco que puerta de banco en día festivo. El sueño de este pelao de ser un futbolista era definitivamente como el reloj de la Parroquia San Antonio de Padua: suena a la misma hora, siempre, pase lo que pase. En medio del Carnaval y las procesiones de Semana Santa, el pueblo entero se convierte en escenario donde la derrota se disfraza de fiesta. Sísifo mezcla promesas religiosas con promesas

deportivas: si no puede ganar, al menos no va a dejar de intentarlo. Las ceremonias religiosas le fortalecían la fe, y el Carnaval su amor por su equipo de fútbol: la Selección Colombia cuando juega Colombia, el Junior cuando es partido nacional. Y desafortunadamente, y de los equipos locales... ningún equipo lo ha acogido aún.

Capítulo 7. De nuevo con el Berdugo

Sisifo creció en tamaño y edad, tratando y tratando de ingresar a las ligas municipales hasta que se volvió un adulto de 18 años. Terminó la escuela a las patadas, a punta de corcharse y recuperar, se graduó porque Dios es muy alcahueta y le ayudó a sacar su cartón de bachiller, nojoda. Wilson ya sufría de asfixia, tenía ya una neumonía tremenda. Respiraba con dificultad. La Fregá le sacó el jugo hasta lo último. Se volvió una pasa arrugada ya después de tantos años. Siempre fiel a su futbolista, apoyándolo incondicionalmente y sin juicio. Su vida terminó a media calle, cuando dio su último ruedo. Un vehículo de dos ruedas pasó por encima y ahí dio su vida. Sonó la muerte. Sísifo salió corriendo, con lágrimas profundas. El pequeño rocío de agua tocaba su cuerpecito, las huellas de aquel vehículo cruel. Wilson ya estaba en mejor vida. Su alma ya se elevó a los cielos. En memoria de aquel que dio su vida, juró firmemente como un noble caballero a su rey, que sería un jugador profesional. No sabía cómo, pero lo haría a como diera lugar.

Decidido, con voluntad de pescador en mar picao, fue a donde el señor Armando Berdugo, el profesor más temido y mejor entrenador de toda la región Caribe. Ese mismo que lo echó como perro de misa en su infancia. Sísifo hablando fuerte, con sus piernas flacas y temblorosas, con su uniforme nuevecito que había conseguido con unos ahorritos que tenía: *“Estoy listo profesor. Ahora sí seré un tiburón digno, un discípulo suyo. Yo pertenezco a la élite. Todos dicen que visualicé mis metas y así me proyecté para venir aquí. Por eso a veces ni iba al colegio por entrenar durante 8 horas diarias en una cancha vieja que hay por mi casa”* El profesor molesto por dentro no lo miró, no le dijo nada. Se quedó en silencio. Sísifo solo veía un muro de carne, rígido, alto y musculoso por el deporte. No lo miraba, no lo escuchaba. Solamente estaba de pie, separando a Sísifo de su sueño. Él era la puerta y la gran muralla entre ser un tiburón y quedarse como un simple “patiseco”. El profesor siguió pitándole a sus jóvenes: *“¡Ey, ey, recuerde mantener la postura, mirada en el balón”*

Sísifo veía que lo ignoraba a propósito. Pero afortunadamente no se iba a quedar de brazos cruzados, insistiría hasta que uno de los dos cediera. Esto era una prueba de terquedad. El profesor no lo iba a aceptar y

Coronado no se iba a dejar destronar. El entrenador, pese a su orgullo, respetaba la terrible perseverancia de ese muchacho. Sisifo siguió insistiendo: *"Yo estoy destrozado profesor. Yo ya no tengo amigos. Mi fiel compañero Wilson partió a otra vida ya. Me acompaña desde el corazón, como dice. Yo le prometí, yo le prometí que iba a dar lo mejor de mi ante usted, lo mejor de lo mejor. Póngame a prueba, lo que sea, yo estoy listo"*

Berdugo sabía que darle energías a este muchacho era una pérdida de tiempo. Era lento para correr, tenía una pierna "maldita" como decía su mamá, era brutico para otras cosas, tenía una capacidad muy pobre de hacer amigos, nunca conoció novias, era arrítmico para los bailes, los animales ni le prestaban atención, los perros hambrientos lo veían demasiado llevado que le dejaban migajas... y su "mejor amigo era un balón viejo mugroso" ¡Qué ridiculez! El profesor Berdugo no podía incluir a alguien tan diferente en su equipo. La batalla de la terquedad siguió. Sísifo se quedó a su lado durante 5 horas, las que duró el entrenamiento, de pie esperándolo. No estuvo en las bancas. Estaba al lado del profesor. Berdugo se estaba desesperando. Pero era insensible a esos dramas de niños defectuosos.

Al otro día Sísifo llegó más temprano que los demás. Se entró a los camerinos de la cancha a escondidas. Allí lo vieron todos asustados. Asmael le dijo: "*amigo, ¿qué hace usted acá? Si nos ve Berdugo con usted, nos echa"* Sísifo le respondió: *"Tranquilo mi compadre, yo soy del equipo como ustedes"* Ninguno entendía a Sísifo. Prefirieron hacer de cuenta que no estaba. Le respondían cortante, por no dejar. A penas llegó el profesor, todos se escondieron y quedó Sísifo. Berdugo lo vio contento y esperando a que le diera su visto bueno. Pero se hizo el ciego y llamó a los demás. No vio nada, no vio a nadie.

Sísifo no entendía nada de esos gestos del profesor, no hablaba el lenguaje del no. Solo sabía insistir y dijo reiteradamente: "*Profesor, discúlpeme. En memoria de Wilson, voy a ser parte de la Selección Colombia y usted me va a entrenar. Usted es el mejor de todos"* El entrenador Berdugo llamó a Nilson Navarro y simplemente le dio la espalda al insistente aspirante. Berdugo dijo*: "Navarro, usted es mi orgullo. No me defraude. Mañana contamos con usted para el partido"*. Navarro vió a Coronado con lástima, él quería enseñarle. Admiraba

profundamente al Patiseco. Él admitía que ya el profesor se estaba sobrepasando con su actitud. Luego, el profesor le indicó que ya era hora de entrenar, no lo vio, al solitario apasionado por el fútbol. Navarro ya no podía seguir ahí. Si lo miraba, lo expulsaban. Berdugo no iba a expulsarlo del equipo, pero lo castigaría con el silencio eterno, el mismo silencio que escucha Sísifo. Sísifo respira a Wilson, por eso su corazón no se destruye, en cambio Navarro no tiene esa ventaja. El equipo y la institución siempre serán más importantes que los sentimientos cursis de Sísifo.

Coronado quedó destronado. Todos le dieron la espalda. Sísifo no entendía que no era bienvenido, que el fútbol jamás será para él. Solo detrás de una muralla, detrás de una pantalla. Puede jugarlo en Internet, puede disfrazarse en el carnaval de Carnaval, puede ser hincha fenomenal, puede disfrutar de un videojuego, pero jamás, nunca de los jamases será un profesional. Él ve a los jugadores por televisión, pero nunca será el jugador al que ven. Coronado empezó lentamente a entender las dagas de rechazo plasmadas en su cuerpo. Hasta La Fregá vió que la cosa era en serio. Wilson ya no estaba, su papá tampoco. Su mamá... para ella era una vergüenza. *"Y si, y si tal vez ¿el profesor me está salvando la vida? ¿Y si debo dedicarme al reciclaje mejor? La universidad no es para mí. Ser papá... ninguna chica me mira, joda. Ser sacerdote, no tengo dinero pa' eso. Ser profesor, no. Ni puedo enseñarme a mí mismo, mucho menos podré dirigir bien a otros pelaos. Soy un fracaso"*

Luego de 4 meses buscando estrategias para atravesar la muralla del Berdugo, por primera vez se rindió. Obedeció. Fue al lugar al que Berdugo le dijo en su infancia: las gradas. Coronado no vió a su Wilson. Coronado se quedó en silencio observando a los demás jugar. Las lágrimas lo hicieron enfrentarse con los ruegos de su padre del pasado. Por primera vez en la vida, luego de 14 años de insistencia, Berdugo vió a Sísifo durante dos segundos con aprobación. La muralla abrió una rendija pequeña, miró quién es. Luego se cerró para siempre.

Capítulo 8. Crónica de derrotas anunciadas

Nilson Navarro era la joya fascinante de la Liga Real de Sabanalarga. Su talento era excepcional. Sabía combinar la resistencia con la intensidad durante los 90 minutos del partido. El tren inferior, su habilidad para cambiar de dirección, la buena coordinación y el equilibrio, la agilidad, le dan un excelente control y estabilidad con el balón. Berdugo al verlo jugar, quería llorar de lo hermoso que jugaba. Era su gran trofeo, su gran pupilo. Lo entrenó desde que tenía 6 años. Ya había posicionado el equipo como campeón en las ligas menores. Era su mayor orgullo

Sisifo lo veía desde la banca. Era muy valiente. Ver su sueño y su propio fracaso todos los días. Sísifo veía que Navarro era una belleza, danzaba y se movía como pez en el agua futbolera. Él comenzó a imitarlo. Memorizaba perfectamente cómo corría, cómo pateaba el balón y le enseñó a La Fregá. Volvió y se animó. Con los ahorritos que ganaba haciendo domicilios, pagaba un gimnasio entrenando como los grandes atletas. Se le iba la plata pagando a cuotas las máquinas que dañaba por su torpeza. Era más torpe que mocho pelando camarón.

Coronado no sabía el gran aprecio que le tenía Navarro. Verlo entrenar apasionadamente. Él lo hacía por costumbre, porque así era su vida. Pero él era todo un rey del fútbol. Recordaba las mejores jugadas, el nombre de todos los entrenadores del Junior de Barranquilla, el número de goles de todos los jugadores... En verdad, ojalá pudiera enseñarle. Sabía que la potencia de Sísifo no estaba en su físico, sino en su alma. Berdugo no veía el interior. A todos los cojos, los minusválidos, los feos, los torpes y los dramáticos los echaba. Navarro ya echaba de menos a Wilson también, aquel que nunca dejaba de sonreír. Wilson no era nada, no era nadie, pero siempre estaba ahí. Le daba alegría.

Había un equipo de torpes e inútiles jugadores de Sabanalarga. Ni sonaba ni tronaba. Estaba ahí para hacer bulto. Recibieron a Sísifo porque no había gente. Todos eran muy pendejos, ni les interesaba el fútbol. Estaban ahí porque no tenían nada que hacer en la casa. Los papás no los querían ver acostados sin hacer nada. Ese equipo era más perezoso que

gato gordo en techo caliente, tirao todo el día. Sísifo tenía una gran oportunidad, una que había deseado toda su vida. Si lograba que su equipo creciera, subiría de categoría. Berdugo reconocería su trabajo, sin lugar a duda. Cada mala jugada era un aprendizaje. La Fregá ya se estaba disciplinando.

En sus tiempos libres, aunque realmente era un trabajo cuidaba toros. El único trabajo para Sisifo era el fútbol, de resto era pura mamadera de gallo. Lo de los toros era tiempo perdido para él, pero necesitaba plata. El estómago no perdona. El dueño de una finca en la veredita Colombia le pagaba la hora por cuidar a sus dos toros. Sísifo no tenía cara de nada. Tenía más importancia un abanico apagado. Los toros ni se inmutaban. Si una flor pequeña de las praderas movía sus hojas, el toro ahí mismo le hacía caso. Sisifo definitivamente no existía para ellos. Sísifo les cantaba*: "Rojo y blanco sin colores que reflejan los arboles de una hermosa tradición de los padres a los hijos..."* y seguía y seguía cantando. Un toro se echó a dormir y el otro se fue a comer pasto, como si nada. Sísifo estaba muy enojado. Los toros ni tenían ganas de pelear con él. Era más emocionante el jagüey. Su papá veía con mucha vergüenza al jefe de Sísifo, al patrón de la finca. Le decía que por favor le tuviera paciencia a su talón. Sisifo se caía cada rato en los pastizales.

Luego de muchos años, el joven pudo recoger el dinero suficiente para ir al médico. A punta de paciencia y pulso con esos toros obstinados. El Gobierno no le daba Sisbén ni ninguna ayuda. Lo que ganaba su papá como pescador era insuficiente y su mamá a veces vendía pasteles y arepas de huevo en el barrio. Aún, trabajando todos tres, no llegan a fin de mes. Sísifo fue al médico en la Clínica San Rafael a que le revisaran el pie, para saber si podían arreglarle el problema de movilidad, y así trepar la gran muralla. El doctor Heráclito Paz, le diagnosticó neuropatía del nervio peroneo. Ya la maldición de La Fregá tenía nombre clínico. Tenía una lesión en el nervio que levanta el pie. El doctor le indicó a Sísifo que debía dejar el fútbol, pero que se dedicara a otras actividades, que igual iba a vivir bien. Sin embargo, como buen obstinado, se hizo el de la "oreja mocha".

Salió frustrado del consultorio. Que le quiten la casa, que le quiten el televisor si quieren, ¿pero el fútbol? ¡Jamás! Es más, se fue a donde Berdugo nuevamente y le gritó: "*usted me tiene que entrenar para yo estar*

en la selección como Navarro". Berdugo no lo miró, no lo saludó. Le dio la espalda como de costumbre. La batalla de los silencios prosiguió. Por ahí pasaba el jefe de Berdugo, Justo Borges. Vió la discriminación silenciosa del entrenador y le dijo: *"usted debe tratarlo con dignidad".* Berdugo asintió sin protestar. Ha quedado su imagen manchada, su honor impecable ha decaído. Nunca se lo iba a perdonar a Coronado ¡Nunca! Lo que decidió hacer era que el equipo lo fuera excluyendo de las actividades. No lo invitaban al grupo, no lo tenían en cuenta en decisiones importantes del equipo. Sísifo estaba contento porque al fin lo habían aceptado, luego de tantos años de lucha. Se caía al lodo, tropezaba, lloraba y se levantaba. Navarro lo veía con lástima profunda y gran orgullo, los demás sentían vergüenza ajena y dolor por el mártir perpetuo, pero si el profesor Berdugo los veía teniendo empatía por él, les aplicaba el castigo del silencio. Tener humanidad en un entorno de alta competencia y exigencia era un error que se cobraba carísimo. Sísifo se dedicaba en otras ocasiones a limpiar, darles agua a los jugadores y darles apoyo moral. Los jugadores no podían verlo, ni saludarlo. Le agradecían por no dejar. En cuanto a su equipo, al de los jugadores perezosos, iba ya de vez en cuando. A ellos les deba igual si él iba o no, pero si hablaba existía. Lo escuchaban. Aquí solo era un mueble.

En un momento de lucidez, Sísifo se dijo así mismo: *"algo estoy haciendo mal, algo no funciona. El profesor Berdugo es el mejor de toda la región entrenando futbolistas te valor. Sé que mis piernas no funcionan bien, pero tengo que llegar a ser el orgullo de mi padre, de mi gente, de mi tierra. La vaina no puede continuar así"* A pesar de seguir enfocado en su meta de ser futbolista profesional, en algunos ratos libres jugaba a ser periodista de los partidos. Tenía una excelente capacidad para resumir los movimientos y sabía predecir lo que iba a pasar. Pero se aburría terriblemente. La Fregá le gusta es patear, no quedarse en una silla ¡Wilson nunca le perdonaría esa mediocridad!

Capítulo 9. La gran prueba para ser Tiburón

La economía tocó fondo. No había para comer. Todo estaba llevado. Los perros callejeros tenían que morderse la pata, porque ni siquiera había migajas de pan. El agua reclamó sus territorios. Cuando el agua viene a cobrar el arriendo, no perdona. Se apodera de todo, lo toma todo sin dejar nada. No había para pagar los servicios de la luz, agua ni gas ¡Qué hacer! Solo lluvias y lluvias. El agua estaba desbordada. Doña Prudencia se quedó sin su fogoncito. Don Aquiles, se quedó sin piragua. Sísifo se quedó sin cancha para jugar. Por primera vez, su mente se desconectó del futbol ¡El estómago no perdona!

Sísifo solo sabía jugar fútbol, sobre balones y partidos. Doña Prudencia solo sabía cocinar y los quehaceres de la casa. Don Aquiles solamente podía pescar ¡Ninguno tenía otra forma de ganarse la vida! Sísifo por primera vez en su vida, dejó de pensar en balones y tuvo que pensar en la vida ¡El estómago no perdona! ¡La naturaleza tampoco!

Les tocó recoger lo poco que quedaba. Su padre, con el agua al cuello creó una balsa improvisada con una puerta. Allí subieron los tres miembros de la familia Coronado, llenos de tristeza. El señor Guájaro los desahució. Les dijo que hasta aquí va el contrato. Dieron a parar a un albergue en el municipio central. La Alcaldía les facilitó unas colchonetas, mercados y carpas temporales. La única que podía fabricar dinero era Prudencia. Su papá no tenía agua para trabajar y Sisifo no tenia balón ni uniforme, el agua los reclamó como suyos. El trabajo en la finca de los toros se perdió por la inclemencia del invierno.

Prudencia llamó a una amiga que tenía en la ciudad. Sisifo fue a la casa, a donde vivía doña Lizbeth a ayudarle con la construcción. Ella tenía un pequeño lote lleno de cultivos de palos de mango y maíz. Sísifo solamente tenía que llevar los ladrillos al albañil y él los ponía con cemento. Algo fácil y sencillo. Prudencia le dijo: "*amiga, yo ya no sé qué hacer con ese muchacho. Sé paciente con él. Él es brutico. Cuando él esté aquí, no hables ni menciones nada de fútbol porque no te hace na'a. Te deja todo tirao. Hazme caso, ¿sí?"* Lizbeth asintió con la cabeza. Sísifo estaba entrenando los brazos para ser un digno tiburón. Hasta el momento, La Fregá estaba alerta porque quedó traumada por el agua del Guájaro, por

eso le fue bien con doña Lizeth. Se quedó sin energía.

El albergue en la Alcaldía no sería para siempre. El colegio necesitaba las canchas para las clases de educación física de los pelaos. Aquiles le tocó ponerse a alquilar una carreta de madera y a empezar de cero, reciclando. No tenía red. No tenía amigos. Solo cartón, plástico, hierro y los desechos que los habitantes tiraban por ahí. A veces encontraba tejas, palos y pedazos de Zinc. Comenzó a buscar lotes para instalarse de forma improvisada. No podía volver a la Peña nunca más. Los recuerdos de sus abuelos, las escrituras de los Coronado se perdieron. Tocaba ahora coronar un nuevo terreno. Aquiles tenía miedo. Buscó y buscó y se asentó cerca de un barrio que llamaban Lewis. Allá llevó sus cosas. Se pasó con despacio desde el albergue a su nuevo comienzo. Sísifo empezó a construir, poner las columnas, hacer una especie de letrina, la cocina, todo. Prudencia empezó a acomodar la cocina. Todo se cocinaba con leña. Ella estaba furiosa: *"Dios como que no nos escuchaste, nos dejaste tiraos, olvidaos, solos"* Aquiles resignado: *"mija, Dios sabe hacer sus cosas. Su Voluntad ya no era quedarnos allá. Ya debemos quedarnos acá. Acéptalo. Ten fe"* Sisifo lloraba. Extrañaba su terruño y la escuela rural. No volvió a ver a Navarro por un tiempo largo. La muralla siguió tal cual. Nunca más le vio la cara.

De las casas vecinas sonó un fuerte coro *¡GOOOOOOOOOOOOOOOOL*! La gente gritaba y saltaba de la emoción, como un terremoto. Prudencia y Aquiles no tenían la suficiente alegría para gritar. Sísifo los vio y por primera vez, el fútbol ocupó un segundo plano. Concluyó que el fútbol no da de comer. Solo alegría. Se sentó junto a sus padres en el suelo, mirando el cielo con tristeza. La vecina los vio y les trajo comidita: *"¡no me pongan esas caras, ganó Junior! ¡Acá les traje para que coman colegas!* Sísifo frustrado le dijo*: "los tiburones me fallaron seño, gracias. Pero no nos unimos al coro. Yo quería ser futbolista, sacar adelante a todos, pero solo sé que fracasaré. Estoy maldito. No hay salida. Perdí tiempo, perdí la vida seño" Doña* Petronila estaba asombrada: *"¡joda no! Joven tú sabes que en el partido nunca hay certeza de nada. Se gana, se pierde. Así es la vida mijo. Pero hay que darle al balón hasta que ya no puedas más. Por eso ahora Junior es campeón. Así se hace un tiburón de verdad"* Sísifo guardó silencio, pensando en aquellas palabras. Sus padres estaban preocupados. Prudencia, en profundo silencio dijo: "*¡Sisifo,*

¿dejar el fútbol? ¿Quién eres ahora?! Bueno, al menos ya no tengo que sufrir por pagarle los platos rotos a los vecinos" Aquiles la miró con desdén.

El tiempo siguió. Don Aquiles y doña Prudencia pasaron a mejor vida. Don Aquiles falleció de anemia. Prudencia... por prudente, nadie sabe. Se dice que se perdió. Otros dicen que se enloqueció y se fue del país en un barco. Nunca se supo más de ella. Quedaron las camas de los papás, el televisor que le regaló un vecino hace 6 años y su gran obsesión por ser futbolista profesional. El terco de Sisifo seguía dando guerra. Ya estaba en la flor de la juventud, tenía 21 años. Siguió en Lewis. Ya era muy conocido en toda la ciudad. Tenía una excelente habilidad para narrar los partidos. La gente era maravillada por su pasión, pero a él le aburría y nadie le pagaba. Él se presentó a la emisora Los Goles de Sabanalarga y le dijeron que ya no aceptaban nuevos miembros porque no tenían con qué pagarle, estaban supuestamente en quiebra. En redes sociales después publicaron que estaban en una finca de Puerto Colombia. Después fue a probar suerte en El Sabor del Fútbol, que tenía más de un millón de suscriptores, pero se dice que un político por ahí le dio un incentivo para que no fuera a aceptarlo. Su imagen de flacuchento podría "manchar" la imagen del partido. La Fregá no podía contaminar con su toxicidad el desempeño de la emisora. Pero a Sisifo estos rechazos no le molestaban tanto. Él era un alma de cancha, no de las comunicaciones.

Vino un técnico de Bogotá, era argentino. Entrenó al Real Madrid y al Manchester United. Justo Bueno, estaba muy por encima de Berdugo. Cuando Sisifo se enteró, el corazón le palpitó más rápido que Champeta en falco de Carnaval. Sísifo ya por fin miró más allá de la muralla. Entrenó más duro. Ya no 8 horas, si no 10. Solo paraba para comer y dormir. No importaba si llovía, si hacía un sol inclemente. Bueno quedó fascinado. Iba en carro pasando por La Cordialidad y vió ese jugador, esa pasión esa entrega descomunal. "*¡Pará el carro!¡Quién carajos sos vos! ¿Cómo te llamás?"* Sisifo se quedó sin aire, sin aliento. Por fin, por fin lo veían. *"¡Sabés quién soy! Me llamo Justo Bueno, el técnico del Junior"* Sisifo sin aliento: *"eh, señor, yo... yo soy Sísifo de Aquiles Coronado, mucho gusto. No sabe cuánto gusto me da verlo. Quería contarle que mi mayor sueño era..."* Justo Bueno interrumpió. "*Esperate Ché, ya te doy mi autógrafo. No te preocupés por eso. Me encantás. Juntate conmigo para la selfie"* Sisifo

en voz bajita le dijo: "*eh discúlpeme señor Justo, yo quería eh ser…"* Bueno estaba de afán: *"Chico me encantaría quedarme a charlar con vos, pero mirá, tengo la agenda súper, súper ocupada y mirá, hay demasiada gente aquí buscando autógrafos. Enténdeme por favor"* Al rato llegó al trote, como un caballo de carreras el señor Berdugo ¡No podía perderse la paradita de Bueno! "*Discúlpeme señor Bueno, que grata sorpresa. Soy el entrenador más prestigioso de Sabanalarga. He subido a mucha gente del Junior. Sisifo me conoce, este muchacho genial ¿Cierto Sisifo?"* Bueno dijo con alegría: *"¿¡Ché, en serio!? ¡Este joven tiene un alma hermosa! Pero uy no, ¡tengo afán! Subite, subite al auto para que hablemos profesor. Eh, Sisifo, muchos éxitos. Seguí así. Ah, espérame. Tomémonos una foto los tres"* Berdugo con sonrisa forzada se tomó la foto con ellos dos. Luego Sisifo quedó con la palabra en la boca y los otros dos contentos hablando de negocios. Nunca más Bueno se interesó por Sísifo. Solo lo hizo para ganar más likes, mostraba a la gente que era generoso, que se fijaba en los pobres. Pero bueno, por lo menos ya Sisifo era "famoso". Lo vieron por tres minutos y luego ya volvió al anonimato de siempre. Sus dos ídolos, lo dejaron como loro en estaca. Bueno tampoco podía contaminar su hoja de vida con el rarito. La oportunidad de ser un tiburón se escurrió como la arena de Bocas de Ceniza. El carro de Bueno pasó por un charco, había llovido fuertemente y le pegó un buen baño. Hoy ya no había un Wilson que le sonriera y le dijera que todo estaba bien desde las gradas.

Después de eso, Sisifo quedó paralizado. Más tieso que lagarto en carretera caliente. El pobre sintió que todo su esfuerzo se fue cuesta abajo. Sísifo desarrolló con más fuerza un trastorno obsesivo compulsivo. Tenía que ganar ese cupo al Junior como fuera. Sin embargo, se quedó jugando en una potrera que había cerca de su casa de material. Un día llovió. La piel quedaba pegajosa. El suelo era peligroso para correr. Muchos se fueron a refugiar. Sisifo, enojado consigo mismo, con La Fregá y recordando a Wilson, siguió y siguió. Le tiraron un balón. Se resbaló. La Fregá quedó fregada. Tuvo fractura múltiple. Solo pudo meter un solo gol, el último. El balón por fin, luego de tantos daños fallidos calló en tierra fértil ¡Goooooooool! Gritaron los que vieron ¡Goooooool! Era un ángulo perfecto. Pero ya Sisifo no podía pararse. Murió la tóxica. Jugó como todo un profesional. Su camisa del Junior estaba llena de tierra. Él intenta pararse, con el fémur destruido. El lodo no juega a su favor, lo quiere abajo,

acostado. Se resbala. Da dos pasos accidentales al frente. Se escuchó un estruendo en el arco improvisado. Sonó como un disparo de guerra. Todos vienen a auxiliarlo, unas tres personas a auxiliarlo. Estaba aturdido. La vida le pita el final, tarjeta roja. Ya cuando lo fueron a reanimar, estaba en el Cielo con Wilson. La noticia rodó. No por prensa, no por las redes sociales. Solo voz a voz. Llegó a Navarro. Berdugo escuchó y celebró en silencio.

Capítulo 10. En memoria del perdedor obstinado

Navarro nunca olvidó a Sisifo ¡jamás! El hombre sí, era un fracasado. No se casó. No tuvo hijos. No ganó becas para la universidad. No tuvo un tutor que le ayudara a volver de su discapacidad un talento. No tuvo acceso a un psicólogo que lo guiara. No tenía acceso a las ayudas del Estado. Nunca pudo tener un salario mínimo digno. Nunca tuvo el orgullo de sus padres por ser su hijo. No conoció el amor. No tuvo amigos que le levantaran el ánimo y lo acompañaran a ver un partido de fútbol. No tuvo dolientes en su entierro. El equipo flojo de fútbol que lo recibió se diluyó. Navarro salió en la portada de los noticieros más famosos, en las redes sociales. Era llamado el "hijo ilustre". Pero su conciencia no lo perdonó. Estuvo bien, pensó para sí mismo. Le dio prioridad a su carrera de futbolista sobre el espíritu verdadero de Sisifo. *"Si yo lo hubiera ayudado. Si yo hubiera hablado con Berdugo. Si yo hubiera dado una beca, ya que gano bien. Si yo hubiera visto su tristeza, Si yo hubiera…"* Navarro no lloró por él, pero sí por las dagas de su conciencia.

Sísifo de Aquiles Coronado, por el contrario, ya salía en las listas de los recicladores que le debía a la Alcaldía una charla de cultura ciudadana. Él seguía llegando a un potrero vacío, donde no había nadie. Al Guájaro nadie volvió. La cancha era "La Tiburonera de Los Nadie". Navarro no podía hablar, ni ver, ni tener contacto con Sísifo. Pero nadie le dijo nada de crear una escuelita al escondido. Pintó un aviso torcido: "Escuelita de Fútbol Wilson". Allí reciben a los "inútiles": troncos, casos perdidos, cojos, discapacitados, tontos.

Había un niño que no hablaba, pero corría como alma en pena, una niña gorda que nadaba como piedra, pero con una patada potente, un asmático flacuchento, un patichueco que no sabía donde estaba parado. Navarro organizó un partidito con ellos, un domingo caluroso, en donde el sol cae tan duro que hasta las iguanas buscan confesarse. No había árbitros, ni uniformes. Solo una Copa del Mundialito Wilson. Los venía entrenando a todos con cariño. Navarro no daba la espalda, los sacaba del barro. No querían que fueran futbolistas profesionales, pero tampoco que fueran pelaos perdidos. Navarro tenía muchos seguidores. Con su cancha su

fama se triplicó al doble. Todos querían ser como él. Era todo un símbolo del deporte en Sabanalarga y en todo el mundo. Había hecho lo que todo niño a su edad quería: fama, dinero, familia, prestigio, un apellido de alto renombre. A pesar de todo lo bueno que hizo, Berdugo le retiró la palabra. Ya no era su orgullo.

Navarro, con ayuda de otros niños, dibujó un mural con el mismo Wilson de aquel niño que no triunfó. Soñó como su madre, por un futuro mejor. *"¿Profe y ese balón qué? Eso tan feo"* Navarro le responde: "*Wilson no era nadie, no era nada. Lo sé. Pero siempre sonreía, siempre estaba ahí.*"